

ARGENTINA: LA UNIVERSIDAD BAJO LA BOTA

por MICHEL VALENCE

El doctor Ivanissevich, viejo ministro de la Educación, de extrema derecha, que había impuesto un régimen de terror en la Universidad, presentó su renuncia en julio de 1975 y fue remplazado por el señor Arrighi. Aunque así ha desaparecido uno de los personajes más caricaturescos del peronismo, la política del sistema hacia la Universidad no ha evolucionado en lo más mínimo.

En el caos económico y la confusión política por la que atraviesa Argentina, resulta difícil hallar un hilo conductor. Sin embargo, la situación de la Universidad, sector particularmente neurálgico, puede servir reveladoramente.

La renuncia —en el mes de julio— del doctor Ivanissevich, ministro de la Educación Nacional, de 83 años de edad, quien fue remplazado por el señor Arrighi, ocurrió poco después de la salida exigida por los militares, del ministro de Bienestar Social, José López Rega, “consejero” de Isabel Perón y de su yerno, Raúl Lastiri, ex-presidente provisional de la República.

La nueva etapa que ha comenzado permite efectuar el balance de lo que los peronistas de derecha llamaron la “Misión Ivanissevich”. Esta había sido claramente definida por el rector Ottolagano, de brillante pasado fascista: “La restauración del orden natural debe restituir al padre su autoridad perdida: que el padre mande en el hogar, el profesor en su clase, el coronel en su regimiento, el obispo en su diócesis. La Universidad está con la patria, así como con la Iglesia de Cristo, con el ejército de San Martín y con nuestra gloriosa policía... la actitud argentina es estar con aquellos que mueren y matan por la patria”. Uno de los efectos que se siguen sintiendo de esa “misión”, fue la liquidación del peronismo “de izquierda” en la Universidad, representado por los tres primeros rectores peronistas: el señor Puiggros obtuvo apenas a tiempo el asilo político en México, el señor Laguzzi también (tras haber sido víctima de un atentado en el que su bebé fue hecho pedazos), el señor Villanueva fue encarcelado. Desde entonces el terror reina en la Universidad, en donde la policía, en uniforme

o en traje de civil, se ha vuelto omnipresente: control a la entrada de las facultades, soplones en las clases, interpelaciones y arrestos. A ciencia y paciencia de todos, hombres armados, de civil, generalmente en grupos de cuatro en fords Falcon verdes con sirenas, secuestran (entre otros) a profesores, administradores o estudiantes que a menudo son hallados al día siguiente, acribillados a balazos, en la carretera al aeropuerto. Es la cacería de brujas, con su cortejo habitual: pesquisas en busca de literatura subversiva (¡incluyendo a José Martí!), amenazas, denuncias. Muchos estudiantes temen dormir en sus casas o perder su libreta de direcciones.

En el movimiento de entusiasmo ingenuo, incluso histérico, que acogió al peronismo en 1973, ¿qué estudiante no se había comprometido más o menos? Lo siguen estando todos ante los ojos de la represión, aun si a muchos de ellos los exasperó el desorden, debido sobre todo a la demasía, pero también a un extraordinario confusionismo intelectual que se había apoderado de la Universidad en 1973 y en 1974.

El problema del excedente fue rápidamente arreglado: supresión del efímero acceso directo a la Universidad mediante el restablecimiento de un semestre probatorio, y exigencia, para inscribirse, de un “certificado de buena vida y costumbres” que hay que pedir a la policía federal... El trabajo se había reanudado, pues, en el orden, como quería el rector Ottolagano. La Ley Universitaria de 1974, que preveía una participación —por lo demás modesta— de los estudiantes en el gobierno de la Universidad, no tuvo que aplicarse, pues la Universidad fue puesta bajo el régimen de la “intervención”, que permite medidas de excepción (como el estado de sitio, que no fue levantado más que unos meses desde hace 40 años, y cuyo efecto es en particular doblar la paga de los militares y sus anualidades de jubilación). Es cierto que Argentina ha tenido, desde 1918, leyes universitarias de vanguardia, pero prácticamente jamás han sido puestas en vigor. (Así, los profesores titulares —¡e incluso retribuidos! — constituyen la excepción.)

La evolución del régimen —en que los militares hacen sentir cada vez más su peso, pero cuidándose bien de intervenir directamente mientras el caos no llegue a su máximo— no ha cambiado nada a esta situación. Por cierto, personajes demasiado caricaturescos o demasiado célebres por su crueldad, han sido eliminados: el señor Italo Lúder fue por fin elegido presidente del Senado, pese a la oposición de la presidenta de la República, e incluso se convirtió en jefe del Estado interinamente, durante el periodo de reposo de la señora Perón. Pero en realidad la política de Arrighi va aún más lejos que la de su predecesor, en el sentido del nacionalismo y el autoritarismo.

Las medidas del doctor Ivanissevich no se han revocado; las más recientes eran la imposición de tres materias llamadas “de tendencia nacional”, en todas las facultades (historia y geografía argentinas y “lengua nacional”), así como la casi supresión de los créditos a la investigación, una de las pesadillas del doctor Ivanissevich. Tampoco ha cambiado la situación sindical: el sindicato oficial no es el CTERA, que agrupa a la inmensa mayoría de los profesores, sino el UDA (a lo más un 2% de afiliados voluntarios), al cual la ley argentina otorga la cuota obligatoria de todos los profesores, descontada de su salario.

El señor Arrighi arremete también contra la Ley de 1918, orgullo de muchos argentinos (“¡50 años antes de mayo del 68!”), que se aferran a ella sentimentalmente, aunque soportando bastante bien no verla jamás aplicada: en efecto, se trata del más notable florón de la impotencia del radicalismo, segundo partido argentino después del peronismo.

Resulta significativo ver al señor Arrighi escoger, el pasado 10 de septiembre, el auditorio de la Escuela Superior de Guerra para exponer las siguientes ideas: “Yo evalúo en su justa importancia los vínculos entre las armas y las ciencias y las letras de la patria. . . en 1918, bajo la influencia directa de la revolución bolchevique rusa, la reforma universitaria hace irrupción en la paz del mundo académico. . . la autonomía universitaria es un atentado contra la unidad nacional. . . el gobierno tripartita e igualitario abre la puerta a la subversión y a la lucha dialéctica entre profesores y estudiantes. . . la Universidad constituye sin duda alguna un factor preponderante en la estrategia de la defensa nacional. . . (sin embargo) en los medios universitarios siempre se ha conspirado contra la estabilidad de la nación”. Tras haber por fin acusado a la Universidad de someter a la juventud a la “toxicomanía” y a “una perniciosa

psicopolítica”, el ministro concluye que hay que poner orden en todo eso.

Los oídos militares debieron apreciar semejante música: en esa gerontocracia en la que el conflicto de las generaciones toma proporciones extraordinarias (la tasa de natalidad es muy baja), el “peligro joven” obsesiona a las fuerzas armadas. Es cierto que hay muy pocos campesinos en las inmensas estancias y que muy pocos obreros escapan a la tiranía de los sindicatos-gangs: por lo tanto es de la joven pequeña burguesía que las fuerzas revolucionarias sacan sus reservas de Montoneros (peronistas de izquierda), o de militantes del FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) o del ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo). El extremismo y el nihilismo de ciertas actitudes se explican sin duda por ese relativo aislamiento.

Pese a todo ello, Argentina tiene la mayor proporción de estudiantes del mundo. Pero casi la mitad de la enseñanza la imparte el sector privado, confesional, extranjero o “categorial”. Los militares, en particular, tienen numerosos colegios secundarios. El alcance de los disturbios universitarios es pues limitado; sobre todo porque la gran mayoría de los estudiantes ya se ha incorporado a la vida activa y porque las facultades se frecuentan sobre todo de las 18 horas a la 1 de la mañana. En cuanto a los profesores de todas las categorías, lo bajo de sus salarios les obliga a correr de una escuela a otra, de una facultad a otra, o a ejercer simultáneamente uno o dos oficios más. Cualquier movilización masiva es por lo tanto difícil.

“Argentine: l'Université sous la botte”
LE MONDE DE L'EDUCATION, No. 11, noviembre de 1975

